

NO TEMAS, MARÍA (Lc 1,26-38)

Al sexto mes envió Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, ²⁷ a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. ²⁸ Y, entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». ²⁹ Ella se conturbó por estas palabras y se preguntaba qué significaría aquel saludo. ³⁰ El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; ³¹ vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. ³² Él será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; ³³ reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin». ³⁴ María respondió al ángel: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» ³⁵ El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios. ³⁶ Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez y este es ya el sexto mes de la que se decía que era estéril, ³⁷ porque no hay nada imposible para Dios». ³⁸ Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel, dejándola, se fue.

Los peruanos que corrimos desesperados en estos días sin saber hacia dónde, nos chocaremos en un instante con la Navidad. Sin darnos cuenta, el *ad-viento* ya pasó. Llegamos al cuarto domingo, y no tuvimos tiempo ni para encender la vela rosada. Y mañana ya es Navidad. La grave situación política nos ha desviado un poco o mucho del camino espiritual del ad-viento, del ad-venir que los cristianos esperamos cada año. La grave crisis política coyuntural, aunque no es del todo coyuntural, pues sus raíces se hallan en algunas décadas atrás... aunque si alzamos la mirada veremos que la raíz de tanto mal se halla en el pecado del hombre, nos está robando la espiritualidad navideña. Desde un inicio fuimos soberbios a la pedagogía del Señor, desobedientes a sus sabios consejos, autónomos empecinados, ambiciosos porfiados, egoístas incorregibles, y cínicos achacadores. Si no preguntale a Adán, el primer hombre. Miramos sin ver al prójimo, y mucho menos el bien común. ¿Qué es eso? Parece un cliché. Esfuérate en definirlo y tal vez, luego, en el mejor de los casos, en actuarlo. ¿Bien común...? Retronó esta expresión toda la semana. Pero no nos desviemos. Volvamos, en lo que queda, al cuarto domingo de adviento, porque mañana es Navidad. Volvamos y miremos el pesebre de nuestras casas, apretemos los ojos y hallemos la estrella que anda por allí, porque necesitamos urgentemente luz, la Luz que nos envía el Señor, para aclarar o, mejor, iluminar este momento tenebroso que nos empuja a una zozobra social, económica, política y también religiosa, hay que decirlo.

El texto que acabamos de leer, y que se leyó en todas los templos católicos del Perú, se conoce paradójicamente como la «Anunciación». Es el segundo anuncio del príncipe de los ángeles al inicio de nuestra historia. El primero fue al sacerdote Zacarías, nada más y nada menos que en el Templo de Jerusalén. El segundo, como se acaba de leer, fue, en cambio, a una adolescente pobre y analfabeta en un pueblito perdido de la Galilea muy al norte de la capital. Dije paradójico, porque hace más de dos mil años, el ángel Gabriel anunció el nacimiento del Salvador de los hombres, de aquel que instauraría el reino de paz y que no tendría fin (33). Sin embargo, nosotros nos esforzamos en obstaculizar el proyecto de Dios que no hace bien sino a nosotros mismos. Y no lo comprendemos.

Zacarías

El valor del segundo anuncio predomina si lo leemos junto al primer anuncio (Lc 1,5-25). Mientras oficiaba e incensaba el lugar más santo, el *Sancta Sanctorum*, en el corazón del Templo, el ángel Gabriel anunció al anciano Zacarías que llegaría el esperado hijo. El anciano sacerdote, hombre culto, versado en las leyes del Señor, encargado de la liturgia y predicador de la Torah, aquel día se sobresaltó (12) pero no creyó al ángel (18). Seguramente, durante su apostolado, muchas veces repitió la historia de Sara, Rebeca, Raquel, Mical, Ana, mujeres estériles que encontraron gracia a los ojos de Dios y el Señor las bendijo, a pesar de la vejez. Conocía aquellas historias auténticas, pero en el fondo de su corazón no lo creía. Parecían corresponder a otros tiempos y a otras gentes. Pero su incredulidad no quedó allí. El ángel lo castigó con la mudez. Porque un sacerdote sin fe es mudo. Un sacerdote incrédulo de la Palabra de Dios es mejor que enmudezca. Un sacerdote que no distingue el poder de Dios, que no ve la providencia divina, que no percibe que Dios actúa en la historia de los hombres, es mejor que enmudezca. Oficiará muchas liturgias, sin entender que Dios actúa de verdad en la historia.

Con María, en cambio, la historia es distinta. La segunda misión no fallida del ángel sucedió en una aldea de Galilea. María no era más que una adolescente, jovencita, virgen, alegre, enamorada, piadosa, comprometida con otro joven llamado José. No era de familia aristocrática, como Zacarías; es más, era mujer, o sea, no contaba en la sociedad ni en la sinagoga; probablemente no sabría leer ni conocería todas las historias de la Torah, pero era una niña de fe y vivía con fe. Ella también se sobresaltó frente a la presencia del ángel (29) pero, a diferencia del sacerdote, ella creyó (38). Y así fue como inició este tiempo nuevo, desde la periferia y con una niña frágil. Por eso, el único requisito que Dios pide, para cambiar la historia, no es sino la fe. Si hay fe y obediencia a su Palabra, Él hará cosas grandes. Vale la pena repetir esta frase en esta coyuntura oscura que nos ha tocado vivir.

No temas

No es la única vez que el Señor dijo estas palabras. Le dijo en primer lugar al anciano sacerdote Zacarías (1,13), pero no confió en la Palabra del Señor. En cambio, la joven adolescente repitió esta expresión el resto de sus días. «No temas». «No temas, María». La coyuntura social de aquel tiempo no era muy distinta a la de nuestros días – como reflexionamos el domingo pasado con la figura del Bautista–. Ante una situación similar, el Señor le dijo a María: «No temas». Por otro lado, ella estaba comprometida con otro joven (no es muy acertado decir que María hizo voto de virginidad, pues si estaba comprometida es porque esperaba una familia y un hijo que era la bendición más grande del Señor). Ante cualquier situación nueva, ante un compromiso nuevo, y ante un desafío nuevo, vale la pena escuchar un: «No temas». Vale la pena si das el primer paso. El temeroso(a) nunca arriesga, no confía, no se fía ni tiene fe. Lo nuevo lo espanta, y mucho más el anuncio y la Palabra de Dios. Hay quien cree a la Palabra y quien se queda mudo. Y, por último, la exhortación «No temas», marcó el inicio de una nueva historia. El día en que Dios creó al hombre, varón y mujer, ese mismo día ambos pecaron. Y cuando el Señor bajó al jardín del Edén preguntó, «Adán, Adán ¿dónde estás?», «Señor, tuve miedo y me escondí», respondió el hombre (Gn 3,10). Y así fue como inició la historia del Antiguo Testamento. El pecado nos esconde siempre y nos vuelve temerosos, miedosos o cobardes (Ap 21,8). En cambio, la historia del Nuevo Testamento, de la nueva espiritualidad, inició con las palabras que el Señor dijo a una jovencita: «No temas». Y esta joven adolescente creyó al Señor y así sintió su compañía. «No temas», nos dice hoy el Señor.